



Historia de Colombia

y sus oligarquías (1498 - 2017)

Capítulo VII

Guerras y constituciones (o viceversa)



Soldados de una revolución liberal

Soldados de una revolución conservadora

7 Guerras y constituciones (o viceversa)

*Deber del perdedor:
en la derrota
buscar del ganador
la cuota.*

—Cuarteta anónima decimonónica

Muerto el Libertador, desbaratada la Gran Colombia en sus tres pedazos, la parte de la Nueva Granada se dedicó a destrozarse ella también en sus varias regiones. Y en cada región, un caudillo. Todavía el general presidente Santander pudo mantener pacífico y unido el país bajo su gobierno republicano, legalista y civilista: gustaba de vestirse ostentosamente de civil (y ostentosamente con paños de fabricación local y no de importación inglesa, en el marco de la disputa práctica y doctrinal entre proteccionistas de la industria nacional y librecambistas del capitalismo sin trabas ni fronteras). Pero eran una unidad y una paz de fachada, bajo la cual hervían los odios que su personalidad despertaba.

Al volver de sus años de destierro en Europa y los Estados Unidos Santander asumió el poder lleno de rencores por saciar. Había sido mejor gobernante como vicepresidente encargado del gobierno en tiempo de las campañas de Bolívar, con el impulso de las guerras y el respaldo del gran empréstito inglés, que presidente en ejercicio de 1833 a 1837. Tan ahorrativo en lo público como tacaño en lo privado, redujo el Ejército —bolivariano de espíritu y venezolano de oficialidad—, que aun terminada la guerra de Independencia era todavía tan numeroso que se comía la mitad del presupuesto exiguo de la República. Pero fomentó la educación sin mirar el gasto, fundando colegios públicos, universidades y bibliotecas. Era un liberal. No sólo en lo económico (Bentham. Librecurso), sino también en lo político. Seguía siendo masón, pero mantuvo buenas relaciones con la Iglesia, y las restableció con el Vaticano, lo que no era fácil, dado el peso diplomático que todavía tenía España. En lo simbólico, diseñó, o hizo diseñar, el escudo de la nueva república, con su cóndor y sus banderas y su istmo de Panamá y sus rebosantes cornucopias de la abundancia: cosas que había, que ya no hay. Y con su lema: “Libertad y Orden”. Complementario para unos, contradictorio para otros. Un lema que iba a retratar, a reflejar, a inspirar la historia colombiana de los dos siglos siguientes, en buena parte tejida de sublevaciones por la libertad y de represiones en nombre del orden —o más bien al revés: de represiones y de sublevaciones— y de represiones otra vez.



La bella
Nicolasa Ibáñez

Pero el logro mayor de Santander fue la entrega del poder tras las elecciones de 1837. No trató de perpetuarse, como durante veinte años lo hizo Simón Bolívar con sus coquetas renuncias a la Presidencia y aceptaciones de la dictadura, y como lo hicieron después de modo más brutal sus herederos e imitadores en las nuevas repúblicas: Páez en Venezuela, Santa Cruz en Bolivia, Flores en el Ecuador, La Mar en el Perú, y lo siguieron haciendo durante cien años más —y todavía— sus respectivos sucesores en la historia continental. Con la entrega constitucional y pacífica del poder por el general Santander se inaugura la tradición civilista de Colombia, casi ininterrumpida. Había presentado para su sucesión la candidatura del general José María Obando (fugaz presidente interino entre la elección de Santander y su regreso del exilio). Perdió. Y, oh maravilla, aceptó la derrota.

Caso inaudito. Más notable todavía si se piensa que el candidato victorioso fue José Ignacio de Márquez, quien había tenido con Santander un serio altercado por una mujer, la célebre Nicolasa Ibáñez, madre del poeta José Eusebio Caro, futuro fundador del

Partido Conservador Colombiano. La Nueva Granada era una aldea, y los chismes de alcoba tan determinantes como los proyectos constitucionales y las rivalidades entre los caudillos militares.

Elegido Márquez se eclipsó de un golpe el largo poder del general Santander, de quien cuando murió pocos años más tarde alguien pudo decir que era como si hubiera muerto un muerto.

Las guerras

Y ya su sucesor, Márquez —un civil, liberal moderado, y menos enfrentado con los generales bolivarianos— pudo creer que adelantaría un gobierno en paz. Educación pública, pero sin llegar a chocar con la enseñanza de las órdenes eclesiásticas. Leve proteccionismo de la artesanía local frente a las ruinosas importaciones abiertas: pianos ingleses de cola y lámparas francesas de Baccarat, pero también textiles, herramientas, armas, muebles. Obras públicas con los menguados ingresos del fisco. Pero vino la guerra civil. Una de las ocho de proyección nacional —y cuarenta locales— que iba a haber en los dos tercios restantes del siglo XIX. En la mayoría de los casos, con sus correspondientes amnistías.

Vale la pena enumerarlas, porque es muy fácil perderse en los enredos de querellas personales de políticos y militares, rivalidades entre regiones, choques entre la Iglesia y el Estado, juicios políticos, fraudes electorales y crisis económicas —o, más que crisis, el endémico estancamiento económico—. No fueron por lo general guerras muy grandes —salvo una o dos— desde el punto de vista de los ejércitos enfrentados. Pero sí causantes de atraso y de aislamiento, aunque también, paradójicamente, generadoras de cohesión nacional: el ruido de las guerras era prácticamente lo único que se oía por igual en todo el país. Y los rezos de los curas.

Esta primera guerra civil (o quinta o sexta, si se recuerdan las de la Patria Boba, y la de Independencia, que fue una guerra entre neogranadinos realistas e independentistas... ¿Y habría que incluir como “civil” la de Colombia contra el Perú, recién independizados de España ambos? ¿O la de la Nueva Granada contra el Ecuador, recién disuelta la Colombia grande?), esta que por comodidad voy a numerar como primera, fue llamada “de los Supremos”. Porque cada caudillo participante, con su respectivo título de general, se consideraba a sí mismo el director supremo de

la guerra en su provincia, donde era hombre rico y gran hacendado, jefe feudal de peonadas: el reparto republicano de las tierras de los españoles y de los criollos realistas tras la Independencia había dejado una nueva clase de militares convertidos en terratenientes, que en muchos casos coincidía con la vieja clase de terratenientes convertidos en militares.

La guerra la desató desde el Cauca el general José María Obando, y tuvo ya, como lo iban a tener casi todas, un pretexto religioso, o más exactamente clerical: el cierre decretado por el gobierno de los conventos que tuvieran menos de ocho frailes o monjas. Obando, que había sido realista antes que patriota y antibolivariano antes que bolivariano, centralista a veces y federalista otras, y masón convencido como tantos de los caudillos de la Independencia, se descubrió de pronto ferviente católico. En su pronunciamiento —palabra sonoramente hispánica: pronunciamiento es lo que opina un general con mando de tropa, tan determinante en el siglo XIX en las antiguas colonias españolas de América como en la propia España—, desde Pasto se proclamó “Supremo Director de la Guerra, General y Jefe del Ejército Restaurador y Protector de la religión del Crucificado...”. Y alzó la bandera de la restauración del rey Fernando VII, que había muerto hacía seis años.

Con Obando, o más exactamente, al mismo tiempo, se sublevaron oportunistamente quince espadones más, supérstites de la oficialidad de la Independencia, supremo cada cual en su región respectiva: Santa Marta, Pamplona, Tunja, Mariquita, Antioquia, el Socorro, Panamá... Los generales bolivarianos salieron en defensa del gobierno de Márquez: Tomás Cipriano de Mosquera, Pedro Alcántara Herrán, con sus charreteras de la Guerra Grande y sus tropas levadas a la fuerza, como lo eran también las de los generales revoltosos. Y al cabo de tres años triunfó el gobierno de Márquez, o más bien sus generales bolivarianos, que le sucedieron en el poder uno tras otro.

La segunda guerra importante fue la de 1851. El gobierno liberal de José Hilario López llevó a cabo la largamente prometida abolición de la esclavitud, y se alzaron enfurecidos los terratenientes esclavistas. Los encabezaba en lo político el jefe conservador y antiguo conspirador septembrino Mariano Ospina Rodríguez, y en lo militar el poeta romántico Julio Arboleda. Fueron derrotados por las fuerzas de gobierno.

A continuación, tres años más tarde, en 1854, un confuso episodio del que hablaré unas páginas más adelante: la breve dictadura

populista del general Melo en Bogotá, aplastada de nuevo por los generales de turno, Herrán y Mosquera.

Luego, la “Guerra Magna”, que duró del 59 al 62. Los abusos electorales del gobierno conservador de Ospina Rodríguez causaron el levantamiento de Mosquera en el Cauca, seguido por el de otros estados de lo que para entonces era la Confederación Granadina. Fue la única insurrección del siglo ganada por los insurrectos, y tuvo serias consecuencias, que veremos más adelante.

Y finalmente, en el año 76, la Guerra de las Escuelas. De nuevo los conservadores, enardecidos por un documento papal (el *syllabus*) que incluía al liberalismo como el más grave en una lista de los “errores funestísimos” del mundo moderno, y azuzados por el clero, se levantaron contra el gobierno liberal, que pretendía imponer en Colombia la educación pública, obligatoria, gratuita y laica. Una vez más fueron derrotados.

(Después hubo otras dos guerras civiles en lo restante del siglo XIX. La de 1885 y la que empezó en 1899, llamada de los Mil Días: las dos quedan por fuera del compás de este capítulo).



José Hilario López



José María Obando



Tomás Cipriano
de Mosquera



Manuel Murillo Toro



Aquileo Parra



Mariano Ospina
Rodríguez

Galería de bigotes mesodecimonónicos

Los partidos

Volviendo atrás: primero gobernó Herrán, bastante previsible y sin consecuencias. Pero a continuación vino Mosquera, completamente imprevisible: un general conservador que fue el primer reformista liberal habido aquí desde... por lo menos desde el virrey Ezpeleta.

Dije “liberal”. Porque ya se formaban los dos grandes partidos que han hecho o deshecho la historia republicana de Colombia, el Liberal y el Conservador. Veinte años antes no eran otra cosa que una doble mezcolanza confusa de bolivarianos y santanderistas, separados más por sus temperamentos que por sus ideologías, o incluso que por sus intereses. Se dividían, imprecisamente, en derecha los conservadores e izquierda los liberales, y venían, también imprecisamente, los primeros del partido realista o godo de la Independencia y los segundos del partido patriota: pero en muchos casos esto era exactamente al revés: los dirigentes de ambos partidos tendían a ser oportunistas. Unos y otros eran republicanos en lo político, por la influencia ideológica de Francia. Y en lo económico, por la influencia práctica de Inglaterra, librecambistas todos, con las escasísimas excepciones proteccionistas de la (derrotada) facción “draconiana” de los liberales.

El origen oficial de los dos partidos se encuentra en sendos artículos de periódico. El de los liberales, en uno publicado por el santanderista septembrino Ezequiel Rojas, político profesional, en *El Aviso*, en 1848. El de los conservadores, en un manifiesto firmado por el también septembrino y también político profesional Mariano Ospina Rodríguez y por el poeta (y político) José Eusebio Caro, en *La Civilización*, en 1849.

Los llamados “retrógrados”, de origen bolivariano, autoritarios y centralistas, militaristas, clericales, pasarían luego a llamarse “ministeriales”, y finalmente conservadores. Religión católica como eje de la sociedad, alianza de la Iglesia y el Estado, que le confía a ésta la enseñanza, defensa a ultranza de la propiedad, incluida la de los esclavos (aunque con discrepancias: Caro, poeta romántico, le reprochaba al frío jurista Ospina su condición de “mercader de carne humana”). Civilización contra barbarie.

Gobierno fuerte. Ejército permanente. Los jefes conservadores eran terratenientes, comerciantes, abogados, clérigos, gamonales de pueblo. Sus seguidores se reclutaban en el campesinado, por el poder de los púlpitos. (Los indios no participaban en política). Eran fuertes sobre todo en Antioquia, Boyacá y Nariño.

Los que terminaron teniendo el nombre de liberales habían sido santanderistas, luego federalistas y civilistas (aunque había entre ellos muchos militares con mando en plaza) bajo el nombre de “progresistas”. Eran en principio anticlericales y librepensadores (aunque fieles católicos: pero no apostólicos, y muy poco romanos). Abogaban por las libertades políticas y económicas —de palabra, de prensa, de cultos, de enseñanza, de industria y de comercio—. Eran partidarios de la separación de la Iglesia y el Estado, de un Gobierno débil y un Ejército reducido (el que había se comía la mitad del presupuesto), y de gran autonomía para las provincias. Abogados, estudiantes, comerciantes, también gamonales de pueblo, militares en ascenso social (los dos partidos eran multclasistas). Sus partidarios eran los artesanos de las ciudades, los esclavos libertos de las grandes haciendas. Su fuerza estaba en las costas de los dos mares, en las ciudades, en Santander y en Bogotá.

Y con los partidos venían los periódicos. Los había por docenas, generalmente efímeros: a veces no duraban más que una sola campaña electoral o una sola guerra civil. Todos eran políticos: ni de información mercantil —buques que llegan, etc.: pero como no llegaban buques...— ni de información general: no hubo ningún émulo del *Aviso del Terremoto* de 1785. Todos eran trincheras de combate. Desde los días de Nariño y Santander, cada jefe político o militar fundaba el suyo, y cada periodista aspiraba a convertirse en jefe político y militar, y, en consecuencia, en presidente de la República. La cual, sin dejar nunca de ser republicana —pues tras la muerte de Bolívar no volvió a haber aquí veleidades monárquicas como en Haití o en México o en el Ecuador— cambiaba a menudo de nombre. Tuvo seis, desde que se disolvió la Gran Colombia: República de Colombia de 1830 al 32, Estado de la Nueva Granada hasta el 43, República de la Nueva Granada hasta el 58, Confederación Granadina hasta el 63, Estados Unidos de Colombia hasta el 86, y otra vez República de Colombia desde entonces. Siempre siguiendo la terca convicción semántica de que cambiando el nombre se cambiará la cosa. Pero no. Cada nuevo país seguía siendo igual al viejo bajo la cáscara cambiante de la retórica política.

El régimen liberal

Llegó al poder en 1845 el general conservador Tomás Cipriano de Mosquera, señor feudal del Cauca: y resultó que era un liberal reformista y progresista. No sólo en lo económico, donde ya empezaban a serlo todos, sino también en lo político y lo administrativo. Su gobierno dismanteló los estancos —del tabaco, de la sal, del aguardiente— privatizándolos y dando así sus primeras alas al capitalismo poscolonial. Pero también impulsó iniciativas públicas de envergadura, como la contratación de los estudios científicos de la Comisión Corográfica, dirigida por el ingeniero y cartógrafo italiano Agustín Codazzi, viejo compañero suyo de las guerras de Independencia; o la construcción del ferrocarril de Panamá entre los dos océanos; o la reanudación de la navegación a vapor en el río Magdalena, abandonada desde los tiempos de Bolívar. Su sucesor, el ya resueltamente liberal general José Hilario López, cumplió por fin la largamente postergada promesa de Bolívar de abolir la esclavitud, lo que provocó la reacción conservadora bajo la forma de una guerra. Y con Mosquera y López se inauguró una larga etapa de predominio liberal que los historiadores han llamado “la Revolución mesodecimonónica”: de la mitad del siglo XIX.

Liberalismo económico y político. Si las ideas económicas —es decir, el librecambismo— venían de Inglaterra, para las ideas políticas la fuente seguía siendo Francia: la Revolución parisina del 48 trajo a Colombia, con el romanticismo, un vago relente de liberalismo social y de socialismo proudhoniano que iba a prolongarse en un régimen liberal por más de cuarenta años, con las interrupciones inevitables de las guerras. Y con dos paréntesis. Uno desde la izquierda y otro desde la derecha.

El de la izquierda fue, en el año 54, la breve dictadura social del general José María Melo, que le dio un incruento golpe de cuartel al presidente liberal José María Obando y lo puso respetuosamente preso en el palacio presidencial. Un golpe casi protocolario: primero invitó a Obando a que se lo diera a sí mismo, y no quiso. Se trataba nada menos que de rebelarse contra el capitalismo naciente: a favor del proteccionismo económico, y contra el libre comercio impuesto universalmente por Inglaterra, pues con la independencia política de España sus antiguas colonias cayeron de inmediato bajo la dependencia económica de Inglaterra. La fuerza social detrás de la tentativa, además de las tropas de la

Guardia Nacional que comandaba Melo, eran los artesanos de Bogotá, reunidos en las populares Sociedades Democráticas apadrinadas por una facción del Partido Liberal: la de los proteccionistas enfrentada a la librecambista.

Hay que advertir que casi antes de que se formaran en Colombia los partidos Liberal y Conservador se habían formado ya las facciones internas de los dos. Tan frecuente en los escritos políticos de la época es la expresión “división liberal”, o “división conservadora”, como los nombres de las dos colectividades. La división entre gólgotas y draconianos no era como casi todas una división personalista de jefes, sino ideológica. Los gólgotas, que se llamaban así porque decían inspirarse en el sacrificio de Cristo en el calvario, eran librecambistas, civilistas, legalistas, federalistas, y derivarían en los llamados radicales que iban a monopolizarían el poder en las décadas siguientes. Los draconianos —por el implacable legislador griego Dracón— eran proteccionistas, centralistas, autoritaristas, nostálgicos de un fantasioso bolivarianismo libertario, e imprecisamente socialistas de oídas. Prácticamente todos los estamentos del país, salvo los artesanos y sus protectores intelectuales, estudiantes y periodistas, eran para entonces librecambistas: los comerciantes, los hacendados, los propietarios de minas, por interés; y los abogados, por convicción ideológica. Lo venían siendo desde la Independencia, y lo siguen siendo hoy: la vocación del país es de exportador de materias primas —oro y quina y bálsamo de Tolú entonces, oro y carbón y petróleo hoy—. Y de importador de todo lo demás: telas y fósforos y máquinas de coser y corbatas y machetes ingleses, muebles y vajillas y vinos franceses, harinas y salazones de los Estados Unidos.

Por eso la aventura de Melo y los draconianos con los artesanos de Bogotá ha sido barrida de la historia oficial bajo el rótulo infamante de dictadura militar populista. En realidad fue una romántica tentativa de democracia socialista. Un choque de fabricantes contra comerciantes. “De ruanas contra casacas”, lo definió un periodista satírico draconiano, “el alacrán” Posada. Se dijo también: de guaches contra cachacos. Terminó a los pocos meses con la derrota de los guaches y de la guarnición de Bogotá ante las armas del Ejército Constitucional mandado por —otra vez— Mosquera y Herrán.

Antes de firmar su rendición, Melo, que era un jinete apasionado, mató de un pistoletazo a su caballo favorito para que no lo fueran a montar sus vencedores. Desterrado a las selvas del río

El general Melo y su caballo



Chagres, en Panamá, escapó a México para hacerse matar combatiendo con las tropas de Benito Juárez contra la invasión francesa. Era un romántico.

Fue también, con Simón Bolívar, el único presidente colombiano del siglo XIX que no tenía ni barba ni bigotes. No le crecían: era un indio pijao del Tolima. Con su contemporáneo Juan José Nieto, mulato cartagenero que ocupó la Presidencia en sustitución de Mosquera, es también el único que no ha sido oficialmente de raza blanca.

El paréntesis de la derecha fueron los cuatro años del gobierno conservador de Ospina Rodríguez, del 57 al 61, ocupados en buena parte por la guerra. A Melo, es decir, al derrocado Obando, lo había sucedido el conservador moderado Manuel María Mallarino, inventor de los gobiernos bipartidistas paritarios. Pero luego vino Ospina, para quien se creó la expresión “godo de racamandaca”, con un gobierno conservador hegemónico cuyos atropellos electorales y políticos desembocaron en una nueva guerra civil. Ospina trajo de nuevo a los jesuitas, a quienes Mosquera había expulsado y volvería a expulsar, y pretendió lograr la anexión del país a los Estados Unidos “como único

medio de conseguir seguridad”. No tuvo tiempo de hacerlo. La revolución levantada por Mosquera en el Cauca triunfó en todo el país y devolvió el poder a los liberales, que procedieron a redactar una nueva constitución.

Era lo habitual. Cada guerra civil traía en su impedimenta una nueva constitución, y cada constitución provocaba una nueva guerra civil generalizada —además de varias guerritas locales—, desde que se impuso (constitucionalmente y como consecuencia de una guerra) el sistema federal que daba a los estados, las antiguas provincias, ejércitos propios. Además había elecciones: nunca se dio el caso de que una guerra impidiera la celebración de elecciones, que ya se habían convertido en una verdadera adicción nacional, en un vicio. Elecciones en las que regularmente todos los participantes denunciaban el fraude y el tráfico de votos (a partir de la instauración del sufragio universal), y que provocaban brotes de violencia local que a veces degeneraban en otra guerra civil. Para las elecciones presidenciales de 1849, que tuvieron que ser perfeccionadas —rematadas— por el Congreso, anunció su voto el dirigente conservador Ospina Rodríguez: “Voto por (el liberal) José Hilario López para que no asesinen al Congreso”.

Navegación a vapor en el Magdalena





Bienes de
manos muertas

Pero no hay que entender estas violencias como dirigidas a oprimir al pueblo, que se mantenía pacíficamente oprimido desde la Colonia. Sino destinadas a disputar con el partido opuesto el botín del Estado, utilizando al pueblo como carne de cañón. Literal o electoralmente. Un país de dos pisos. El de arriba jugaba a la política y el de abajo ponía los muertos.

Una vez ganada la guerra del 59-62 bajo la dirección del general Mosquera, los liberales, digo, procedieron a afianzar su régimen promulgando una nueva constitución, para lo cual se convocó una convención en la ciudad de Rionegro, en Antioquia, en 1863. Ya en el 61, Mosquera, proclamado presidente provisorio, le había propinado a la Iglesia un tremendo golpe: el decreto de “desamortización de bienes de manos muertas”, es decir, de expropiación de las tierras heredadas por la Iglesia de sus feligreses difuntos, que la convertían en la más grande terrateniente del país. El objeto era el de proveer al Estado de recursos para sus obras públicas y para el pago de la agobiante deuda externa, que crecía sin cesar por la acumulación de los intereses no pagados. Pero no se consiguió porque los remates de los bienes expropiados se hicieron a menosprecio y en fin de cuentas fueron a enriquecer a quienes ya eran ricos: gólgotas influyentes en su mayoría, que podían cumplir las condiciones de cómo, cuándo y cuánto se podía ofertar por lo subastado. Ni ganó el Estado ni la distribución de la tierra que se esperaba ocurrió: el latifundio clerical pasó entero, y barato, a manos privadas.

La Constitución de Rionegro, homogéneamente liberal, tenía por objeto principal reducir el poder el Estado central y del poder Ejecutivo, y aumentar a su costa el de las regiones: los Estados soberanos. Consagraba todas las libertades, abolía la pena de muerte, prácticamente suprimía el Ejército a órdenes del Gobierno central: creando en cambio, más fuertes que éste, los de los Estados. Y debilitaba también los poderes presidenciales al limitar su ejercicio a períodos de dos años. Lo cual, por otra parte, abría el campo para que cupieran más ambiciones: en Colombia nunca han faltado los aspirantes a la presidencia; en muchos casos, hasta por ocuparla unos pocos días. La Constitución del 63, en fin, separaba tajantemente la Iglesia del Estado: era una carta militantemente laica. Por sus raíces románticas algún lagarto fue a mostrársela en Francia al gran poeta Victor Hugo, que opinó —o eso dicen— que era “una constitución para ángeles”. Nunca se supo si se trataba de un elogio o de una crítica (ni si lo dijo en realidad).



**Constitucionalista
colombiano a punto de ser
aplastado por una nueva
Constitución**

El poder del liberalismo radical a partir de la nueva constitución se estableció en torno a la personalidad de su máximo jefe, el político tolimese Manuel Murillo Toro. Una verdadera novedad en nuestra historia: no era abogado, sino médico, y no era militar, sino civil. Periodista, eso sí, como todo el mundo. Fue presidente por dos veces —en 64-66 y en 72-74—, y en torno a él lo fueron, en los breves turnos de dos años instituidos por la Constitución con el propósito de frenar al general Mosquera, media docena de radicales más o menos intercambiables: políticos de provincia —Santander, Boyacá, el Tolima, Cundinamarca—, periodistas, oradores, algún general. Y con ellos, otra novedad: quince años de paz.

Y también de progreso. Crecían las exportaciones, en un principio empujadas por el tabaco, cuyos cultivos se había disparado con la abolición del monopolio oficial. Entraban a producir las tierras de “manos muertas”, y los bienes urbanos eclesiásticos expropiados entraban al mercado. La autorización de la banca libre sirvió para garantizar la financiación de nuevas exportaciones, y surgieron bancos en Bogotá, Medellín, Cartagena. La riqueza de los habitantes creció, empezando por la de los esclavos emancipados en el 51; salvo —una vez más— para los

indios, a quienes la nueva y liberalizante disolución de los resguardos empobreció aún más, convirtiéndolos definitivamente en peones de hacienda. La población, que había disminuido a principios del siglo con las guerras de la Independencia, empezó a recuperarse desde los años 30, se duplicó en una generación para llegar a 2.243.730 habitantes en el censo del año 51 y había crecido en 600.000 personas más para el del 70. Bajo los gobernantes radicales empezó a ser manejable la agobiante deuda externa. Crecían las ciudades, se hacían puentes y caminos, se instalaba el telégrafo, se tendían líneas de ferrocarril, pese a que tales cosas requerían increíbles forcejeos jurídicos: por ejemplo, el Gobierno central no podía planear, como lo intentó durante toda una década, la construcción de una vía férrea que comunicara todo el país, desde Buenaventura en el Pacífico hasta Santa Marta en el Caribe, pasando por Bogotá, porque eso constituía una intromisión inconstitucional en los asuntos internos de los Estados soberanos.

Sí, bueno, muy bonito. Pero ¿quince años de paz? Colombia se aburría.

Así que dicho y hecho: indignados por la pretensión de los radicales de establecer la enseñanza gratuita y obligatoria, y encima pública, y por añadidura laica, quitándole a la Iglesia su control tradicional otorgado por Dios, los conservadores azuzados por el clero hicieron estallar la que se llamó Guerra de las Escuelas, en 1875. Se apalancaban en el *syllabus* que unos años antes había escrito y promulgado el papa Pío IX: una lista de los principales “errores funestísimos” del mundo moderno, de los cuales el primero era el liberalismo.

Fue muy sangrienta. La perdieron. Pero el régimen radical quedó herido en el ala, y el Partido Liberal de nuevo dividido: le salió una excrescencia a su derecha, encabezada por el varias veces ministro Rafael Núñez. El cual, tras pronunciar en el Senado un discurso ominoso sobre el tema de “regeneración o catástrofe”, emprendió el camino de una nueva alianza con el Partido Conservador —y con la Iglesia misma— que lo llevaría al poder en calidad de “liberal independiente”.

A continuación fue elegido presidente por dos años de manera pacífica. Por el momento.

En el Capitolio Nacional —un edificio cuya construcción se inició bajo el gobierno del general Tomás Cipriano de Mosquera—

sólo hay dos estatuas en pie, que en dos patios separados se dan mutuamente la espalda. Son dos tráfugas. El mismo Mosquera, que en 1845 pasó del Partido Conservador al Liberal, y Rafael Núñez, que pasó del Partido Liberal al Conservador cuarenta años más tarde.

Delante del Capitolio, en la plaza mayor, está la estatua de Simón Bolívar. El padre de los dos grandes partidos les da la espalda a los dos.

Un resumen: muchas guerras feroces y mucha politiquería partidista. Pero uno de los guerreros feroces de ese siglo, que participó activamente en varias de ellas, primero como conservador y después como liberal, y se enfrascó de uno y otro lado en las luchas políticas en calidad de poeta, de diplomático y de periodista, Jorge Isaacs, escribió una novelita romántica de amor sentimental que tituló *María*, y la publicó en el año de 1867. Y todos los colombianos, liberales y conservadores al unísono, interrumpieron sus disputas para llorar un rato.

María, 1867





La familia Mosquera

Yo, Tomás Cipriano

A mediados del siglo XIX, para donde uno mirara en Colombia había un Mosquera. El presidente de la República solía ser el general Tomás Cipriano de Mosquera, que lo fue cuatro veces —de 1845 a 1849 por el Partido Conservador, de 1861 a 1863 y de 1863 a 1864 por el Liberal, y de 1866 a 1867 por su propio impulso, para caer a continuación derrocado por el hastío y la impaciencia de sus conciudadanos—. Lo hubiera podido ser una quinta vez en 1869 de haber aceptado, como le proponían los conservadores, una candidatura bipartidista. Pero él, que había inventado la fórmula 25 años atrás, y que diez años antes había anunciado como candidato semibipartidista que si de sus dos rivales ganaba el conservador lo derrocaría alzándose con los liberales, y si ganaba el liberal lo tumbaría en alianza con los conservadores, y así lo hizo, esta vez se dio el lujo de declinar la oferta: “Si la unión de los hombres de los dos partidos Liberal y Conservador no significa sino el triunfo de mi candidatura, para entrar después en luchas y exigencias personales, no acepto la unión ni la candidatura”.

Cuando no era presidente él, lo era alguno de sus parientes. Su hermano Joaquín, que sucedió a Bolívar en 1830, su yerno Pedro Alcántara Herrán en 1841, su primo (aunque bastardo) José María Obando en el 31 y en el 53. Si alguien encabezaba una sublevación, era un sobrino suyo: Julio Arboleda. El arzobispo de Santafé de Bogotá, primado de la Nueva Granada, era o bien su hermano Manuel José Mosquera (de 1834 hasta su autoexilio en el 52: sabio, prudente y santo: y que, dicen, iba para papa si no se hubiera muerto cuando lo iban a hacer cardenal. De ahí el refrán: si el arzobispo tuviera ruedas...) o bien su sobrino Antonio Herrán (del 53 al 66). Los más importantes cargos diplomáticos, Londres, París y Washington, los ocupaba otro hermano suyo, Manuel María, cuando el propio Tomás Cipriano no era embajador en los respiros que le dejaban las guerras y las presidencias. Manuel María negociaba empréstitos, y se hizo muy rico. Tomás Cipriano buscaba más bien la pompa diplomática: se hacía recibir por la emperatriz Eugenia de Francia o por la reina Victoria de Inglaterra, a quienes llamaba confianzudamente “primas”, y publicaba en Londres manuales de geografía y encargaba en París vistosos uniformes militares de ave del paraíso: “Como los del mariscal Murat”, le recomendaba al sastre: el más fanteche de los mariscales del Imperio de Napoleón.

Y cuando no era presidente de la República —ya se llamara ésta Nueva Granada, Confederación Granadina o Estados Unidos de Colombia— era presidente del Estado del Cauca; o de varios

Estados a la vez: el Cauca, el Tolima, Antioquia; o comandante del Ejército; o presidente del Senado; o secretario de la Guerra; o Director Supremo de la guerra civil correspondiente.

Eso venía de atrás. Su tío paterno —otro Joaquín, como su hermano— había sido nada menos que presidente de la Junta de Regencia de España durante la prisión en Francia del rey Fernando VII, en 1810. La de los Mosquera era la familia más rica de Popayán, que era la provincia más rica de la Nueva Granada: fincas, minas, esclavos. Familia numerosa: en su generación eran trece hermanos. Familia resueltamente endogámica: los padres de Mosquera eran primos hermanos y él mismo se casó con una prima y, tras enviudar, con una de sus muchas sobrinas. Y familia orgullosa que se pretendía la más linajuda del Virreinato: descendiente de encomenderos caucanos hijos de conquistadores del Perú que a su vez provenían de la más alta aristocracia de Andalucía: de Guzmán el Bueno, que en Tarifa luchó contra los moros. Y por otra rama (al parecer por el lado Figueroa), de Príamo, rey de la antigua Troya, el cual era a su vez bisnieto del dios Zeus y de una de las Pléyades, como es sabido desde Homero. Al borde de la muerte, cuando a los ochenta años dictó su testamento en la vieja casa de su hacienda de Coconuco, en las afueras de Popayán, el general Mosquera compuso así su primer párrafo:

“Yo, Tomás Cipriano Ignacio María de Mosquera-Figueroa y Arboleda-Salazar Prieto de Tobar Vergara Silva Hurtado de Mendoza Urrutia y de Guzmán, declaro: Que nací el 26 de septiembre de mil setecientos noventa y ocho, día jueves, primer día de menguante, a las ocho de la noche en la casa de mis padres, situada en Popayán en la calle de la Pampa. Fueron mis padres... (y aquí los nombres compuestos y los dos apellidos de su padre y su madre, sus abuelos paternos y maternos; y unos cuantos datos informativos) [...] por la línea de mi padre desciendo del príncipe Dorico de Moscovia y de los duques de Feria y Alba [...] de varios soberanos [...] de Grandes de España [...] y de Guzmán el Bueno”.

Con la misma megalomanía grandilocuente de ese primer párrafo testamentario había vivido Mosquera toda su larga y agitada vida. Cuatro presidencias, seis guerras, una herida de mosquete en la cara, una bancarrota en Nueva York, dos exilios, cinco embajadas, dos matrimonios, ocho hijos en cinco mujeres, dos legítimas y tres no, de los cuales tuvo el último a los 79 años de edad. Todo, ostentadamente frente al público. Una vida de teatro.

Admirado, odiado, temido, siempre fue considerado un personaje estafalario, extravagante, que oscilaba entre la farsa de *vaudeville* y la grandeza política. Militar, estadista, diplomático, negociante, periodista, escritor, geógrafo... pero en las enciclopedias todos los personajes decimonónicos hispanoamericanos son descritos de ese modo: “general, abogado, político y poeta (ecuatoriano o uruguayo)”... etc. En ese campo a Mosquera no le faltó variedad. Memorias, libros de geografía física y política, libelos denunciatorios, panfletos defensivos. Versos originales no compuso: pero sí comenzó a traducir a Torquato Tasso del italiano, que hablaba como el inglés y el francés. El latín no, porque a diferencia de sus hermanos no había ido a la universidad por alistarse en el ejército. Periodista: todos los espadones de la época dirigían un periódico, sí: pero es que el suyo, siendo conservador, se llamaba *El Amigo del Pueblo*, como el del jacobino Jean-Paul Marat en la Revolución francesa. Rico, pobre, y otra vez rico. Fatuo y fanfarrón, petulante y soberbio, amante del fasto y del ruido. Cuando era presidente salía a pasear por las calles de Bogotá precedido por una banda de guerra de tambores y trompetas y seguido por una destacamento de húsares a caballo con los sables desnudos. Para ingresar a una logia masónica pretendió que lo recibieran de entrada con el Grado 34, a sabiendas de que sólo existía el 33. Y en sus días malos de desgracia política y económica les daba unas monedas a los mendigos a cambio de que gritaran a voz en cuello “¡Viva el Gran General!”. Porque tras uno de sus triunfos militares se había hecho conceder por el Congreso ese título inédito y estrambótico.

Se esforzaba por copiar al Libertador Bolívar, de quien había sido edecán y que lo había nombrado general. También le había regalado una de sus espadas, con la cual se mandó retratar una y otra vez en los daguerrotipos desde que llegó a la Nueva Granada el arte del daguerrotipo. Don José María, su padre, lo consideraba un tarambana que sólo pensaba en derrochar el vasto patrimonio familiar. “Derramo el oro a manos llenas”, había dicho alguna vez. Su hermano, el arzobispo de Bogotá, lo consideraba un loco y un ateo y un adúltero. Su sobrino, el poeta, abogado, militar y político Julio Arboleda, lo describía así:

En la milicia/ es general en jefe.
En diplomacia/ primer embajador.
En obstetricia / el único partero.
Y en la farmacia/ boticario mayor.



**El Gran General
Tomás Cipriano de Mosquera
disfrazado de sí mismo**

Y es Papa en Roma.
Y en Turquía, Mahoma.

No era Bolívar, como a veces creyó. Ni una copia: era una caricatura de Bolívar. Tal vez un gran hombre. En todo caso, un hombre fuera de lo ordinario.

Pero ante todo, y decididamente, un militar. Militar de vocación: tal cosa ha existido siempre. Lo suyo era la guerra. Se enroló siendo casi un niño en los ejércitos patriotas de la Patria Boba, a las órdenes de Antonio Nariño. Fue edecán de Bolívar, por la amistad de este con su padre. En la acción de Barbaocoas en 1824 contra el guerrillero realista Agustín Agualongo —a quien derrotó— fue herido de un balazo que le voló media quijada. Pudieron recomponérsela con una chapa de plata que le dejó para siempre constantes dolores y un impedimento en la lengua: le dieron el apodo infame de “Mascachochas”, a causa de los extraños ruidos que hacía al hablar y que más tarde, en la política, volverían casi incomprensibles sus discursos parlamentarios. Su primera derrota en el campo de batalla vendría cuatro años después, cuando los alzamientos del sur contra la dictadura de Bolívar, en la batalla de La Ladera. Su vencedor fue su pariente lejano el general sublevado José María Obando; y esa derrota le dejaría a Mosquera un odio irreconciliable que habría de tener grandes consecuencias en la vida de la República.

En adelante, sin embargo, su vida castrense estuvo hecha de triunfos, a veces acompañados de crueles represalias sobre los vencidos. En la Guerra de los Supremos, cuando al mando de las tropas del Gobierno tuvo la satisfacción de aplastar a su enemigo Obando obligándolo a escapar al Perú por en medio de la selva. En la lucha contra la breve dictadura del general José María Melo del año 54. En la llamada Guerra Magna de 1860, que él mismo desató desde el Cauca contra el gobierno conservador de Mariano Ospina Rodríguez. Y en la breve guerra de 1863 contra el Ecuador, cuando no vaciló en abandonar la Presidencia que ocupaba para viajar a la frontera a comandar personalmente las acciones. Tenía ya 65 años, y se enfrentaba a un viejo compañero de la lucha independentista: el general bolivariano Juan José Flores, varias veces presidente del Ecuador, que tenía 64: viejos para la época. Mosquera lo venció en la batalla de Quaspuj, y por esa victoria el Congreso le dio el título de Gran General mencionado más atrás.

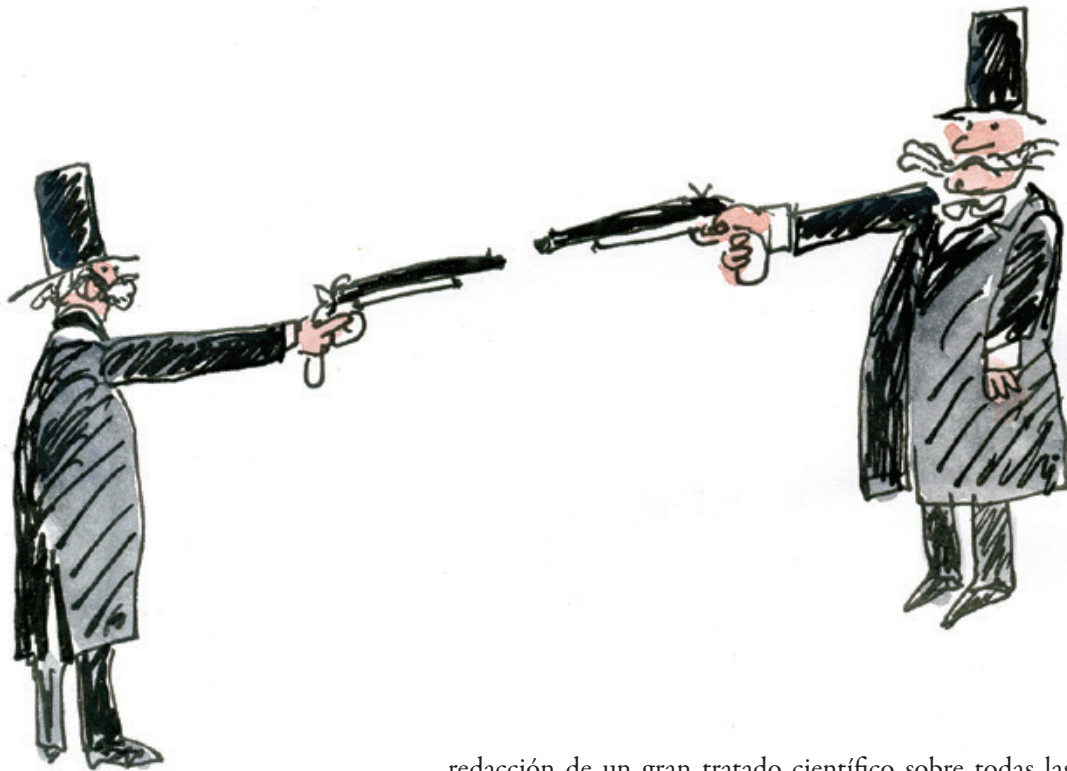
Pero la guerra civil del 76 lo cogió ya demasiado viejo para participar en ella. Ya no usaba uniforme militar con alamares dorados y pesadas charreteras y al cinto la espada de Bolívar: sólo vestía levita gris.

Su trayectoria política, en cambio, estuvo hecha de altibajos. Durante veinte años dominó la vida pública del país, como lo había hecho durante otros tantos su modelo Simón Bolívar. Pero a costa de tropezones y caídas, de sublevaciones, de traiciones, de destierros, de cárceles (breves), de un juicio ante el Senado en 1867: el tercero de nuestra historia, después del de Antonio Nariño en 1819 y el de José María Obando en 1855. Un juicio orquestado por los liberales que se sentían traicionados por él, y que lo sentenciaron a tres años de ostracismo en Lima. De allá fueron a intentar rescatarlo los conservadores para llevarlo nuevamente a la Presidencia. Como al comienzo de su carrera electoral, veinte años antes, cuando fueron los conservadores quienes respaldaron su primera candidatura presidencial: cerrando el círculo. Tenía entonces una nieta de un año: ahora, un hijo de la misma edad.

Esa primera presidencia de 1845 fue la más larga (cuatro años completos, hasta el 49), y la más sorprendente. Se esperaba lo peor: su propia mujer lo advertía diciendo: “Tomás en la presidencia va a ser como un mico en un pesebre”. Y en cierto modo lo fue. Elegido como conservador bolivariano, resultó santanderista liberal, reformista, progresista, práctico, e inesperadamente serio.

Su segunda administración, del 60 al 62, empezó con una guerra civil. Su levantamiento con los liberales contra el gobierno homogéneamente conservador de Mariano Ospina Rodríguez. Ganó la guerra, se proclamó presidente provisorio, convocó la Convención de Rionegro del año 63 que promulgó una nueva constitución y lo eligió para su tercera presidencia, hasta el 64. Pero redujo el período presidencial a dos años: ya conocían a Mosquera, y no le tenían confianza. Tan poca, que a continuación lo enviaron a una especie de exilio dorado como ministro plenipotenciario ante varias cortes europeas.

De Europa volvió (habiendo intercambiado con la familia de Napoleón un mechón de cabellos del Emperador por otro del Libertador Bolívar) para lanzarse de nuevo a la Presidencia, y ganarla una vez más, en 1866. Se enfrentó al Senado, lo clausuró, fue derrocado y preso, juzgado por el mismo Senado y condenado a tres años de destierro, que como ya se dijo pasó en Lima, dedicado a lo que él solía llamar “otro gran pensamiento”: la



Mosquera y Obando
tratando de matarse

redacción de un gran tratado científico sobre todas las cosas, modestamente titulado *Cosmogonía: los diversos sistemas de la creación del universo*. Desde Lima rechazó la oferta conservadora de una nueva candidatura presidencial. Y sólo regresó a Colombia para ser una vez más elegido presidente del estado soberano del Cauca, casarse una última vez y tener un último hijo.

Pero este esbozo de la familia Mosquera quedaría incompleto sin la inclusión de otro de sus miembros, que fue algo así como el eterno gemelo enemigo del Gran General: otro general y caudillo caucano, guerrero de la Independencia y presidente de Colombia (aunque no cuatro sino sólo dos veces, brevemente las dos), José María Obando. La rivalidad entre los dos parientes ocupó un tercio del siglo XIX. Se odiaban. El orgulloso Mosquera miraba al otro desde la altura de sus abolengos, despreciándolo en tanto que hijo natural: “Nieto ilegítimo” —escribía— “de una mujer que era nieta del hermano de uno de mis bisabuelos [y] como relacionado le habíamos reconocido el grado noveno de parentesco legal”. Y lo describía así: “Lisonjea todas las pasiones de aquellos a quienes necesita. Miente sin rebozo, y no se cree obligado a pagar servicios, dinero ni favores. Se enternece y llora con facilidad, y manda matar riéndose”.

Obando, por su parte, retrataba a Mosquera: “Es el hombre más doble, el amigo más falso, el hipócrita más refinado y la fiera más astuta... ¡Ah! Pérfido hombre que quiere arrastrar la patria al carro de su ambición, de su fatuidad, de su venganza personal y de su ridículo...”.

Se odiaban. Como en la célebre novelita de Joseph Conrad, *Los duelistas*, se pasaron media vida tratando de matarse el uno al otro. Se desafiaron en duelo, cara a cara. Tuvieron dos: en el primero, muy jóvenes ambos, el propio Bolívar tuvo que separarlos antes de que dispararan; en el otro al uno le falló la pistola, y el otro disparó al aire. Se enfrentaron en batalla campal, a la cabeza cada uno de un ejército: la primera la ganó el uno en La Ladera, cerca de Popayán, la segunda el otro en La Chanca, cerca de Cali. Se combatieron electoralmente: dos veces ganó el uno, cuatro veces el otro. Obando llegó primero a la Presidencia, como interino sustituto del exiliado general Santander, elegido como liberal después de haber empezado su carrera como godo realista. Mosquera, cuando llegó a su vez, lo hizo como conservador. Se persiguieron ante los tribunales: Mosquera llevó a Obando a juicio criminal acusándolo del asesinato del mariscal Sucre, y en un principio Obando se presentó para ser juzgado, pero después huyó. Asilado en el Perú, hasta allá lo persiguió Mosquera haciéndose nombrar ministro plenipotenciario para obtener su extradición a Colombia y su condena. Y en el Perú y en Chile se atacaron, se insultaron, se calumniaron sin tregua a través de folletos y periódicos. Obando publicó en Lima un libelo contra Mosquera. Mosquera respondió desde Valparaíso con un mamotreto titulado *Examen Crítico*.

Finalmente, al cabo de treinta años de odio sin cuartel, se reconciliaron los dos para unirse en la guerra contra el Gobierno conservador de Mariano Ospina. Cuando Obando, vencedor en el Cauca, llegaba a Bogotá en auxilio de las fuerzas de Mosquera que sitiaban la ciudad, una emboscada de las tropas del gobierno lo sorprendió en el páramo de Cruzverde. Caído del caballo, lo mataron a lanzadas. Tres meses después, tras tomar Bogotá, Mosquera hizo fusilar al oficial responsable del asesinato.